

ANTONIO MACEO

«La amistad es una fraternidad y en su sentido más elevado es el bello ideal. Los cuales han llegado a ser como necesarias el uno para la otra, han encontrado uno en otra la disposición máxima para entenderse, para interpretarse noblemente, para estimarse y practicar el bien», dijo Silvio Pollio.

Y este aforismo concentra la alta idealidad que unió extraordinariamente al Dr. Félix Figueredo y al General Antonio Maceo.

Era indudable que fueron grandes y buenos amigos,³⁵⁰ se trataban con absoluta lealtad, se entendían plenamente, aun en la discrepancia de opiniones. Se tenían un profundo afecto y un mutuo respeto.

Se conocieron en los comienzos de la Guerra de los Diez Años Maceo, soldado, y el Dr. Figueredo uno de los jefes de las fuerzas que comandaba el General Donato del Mármol. ¿Cómo y cuándo se inició esa amistad? ¿Qué provocó la estrecha unión de estos dos hombres? No lo sabemos. Tal vez las encrucijadas de la guerra en un gesto de uno o de otro, en una expresión de cualquiera de los dos, en un hecho ocurrido en que fueron protagonistas o meros espectadores. La realidad es una: fueron dos seres que se entendieron, que se comprendieron perfectamente bien. Uno era el recio militar de línea directriz y sin dobleces; el otro era el intelectual muy diplomático y de amplia visión de futuro. Uno era la acción que no teme a la muerte; el otro era el pensamiento sereno que sabía esquivar las situaciones difíciles.

«Entre los grandes amigos de Antonio Maceo —dice Leonardo Griñán Peralta— hay que contar al doctor Félix Figueredo, uno de los primeros jefes que tuvieron los mambises del 68, de cuya personalidad, sin embargo, sólo sabemos que, perspicaz, sagaz, demócrata, indulgente y patriota, fue el consejero natural de muchos de sus compañeros de armas. Antonio Maceo lo conoció, probablemente, al principio de su carrera mi-

³⁵⁰ Portuondo, José Antonio: «El pensamiento vivo de Maceo.» III Festival del Libro Cubano. La Habana, p. 29.



General Antonio Maceo y Grajales.

litar, siendo un mero oficial, pero las relaciones entre el Brigadier y él fueron estrechándose desde entonces cada vez más.»³⁵¹

Eran amigos en el amplio sentido de la palabra, como dijo Franklin: «un hermano puede no ser un amigo; pero un amigo será siempre un hermano».³⁵² Y eso fueron Félix Figueredo y Antonio Maceo, más que amigos, dos hermanos. He aquí dos caracteres distintos, dos hombres de cuna, de educación, de mentalidad totalmente diferentes y que se llevarán tan bien y que se comprendieran mejor.

Ambos se respetaban entre sí. Se tenían las consideraciones de dos personas que se estiman entrañablemente. Maceo consideraba a Félix Figueredo como su consejero esencial, no daba un paso, no acometía una obra, no tomaba una iniciativa sin consultarle al médico, a quien llamaba cuando por motivos de la campaña tenía que alejarse para actuar en distintas zonas.

El inicio de Antonio Maceo en la lucha por la independencia le rumiaba muchos años antes; el sistema de vida colonial, la esclavitud negra, el trabajo agotador para ganar unas monedas y poder subsistir, pero en su mente joven se agolpaban todas esas ideas y no comprendía la solución.

Como dice Miguel Ángel Carbonell: «Y un día en que el padre, luego de una entrevista con el gran maestro del Oriente de Colón,³⁵³ dijo a su esposa⁵ que ya estaba señalada la fecha en que Cuba proclamaría con las armas su definitiva separación de España, la esposa iluminada por el fuego del ideal, le indicó la necesidad de imponer a los hijos todos de la proximidad del sacrificio y señalarles al mismo tiempo la ruta del deber. Antonio Maceo, electrizado por las noticias que le decían de un futuro mejor, que le hablaban de la hora de las necesarias transformaciones, juró con sus hermanos, bajo la advocación santa de los padres, consagrarse a Cuba.»³⁵⁴

³⁵¹ Griñán Peralta, Leonardo: «Maceo.» (Análisis caracterológico.) Santiago de Cuba. 1935, p. 51.

³⁵² Franklin, B. «Frases célebres de hombres célebres.» Editorial México S.A. 1947, p. 77.

³⁵³ Gran Logia del Oriente de Colón.

³⁵⁴ Carbonell, Miguel Ángel: «Antonio Maceo.» Imprenta Corona y Cia. La Habana, 1 935, pp. 22 y 23.

Antonio Maceo, primero soldado del Ejército Libertador, después sargento, teniente, capitán. Más tarde, el general Donato del Mármol le otorga los grados de Comandante y Teniente Coronel.³⁵⁵

Maceo como guerrero no tenía descanso. Su tropa estaba siempre en acción. Su nombre era el terror de los adversarios.

«Pronto —dice Franco—¹ asimila Maceo las enseñanzas prácticas de Gómez sobre la guerra de guerrillas.»³⁵⁶ Máximo Gómez fue su maestro en el arte de la guerra.

El Dr. Félix Figueredo, al lado de Donato del Mármol, de Calixto García y de Máximo Gómez, en cuyas fuerzas actuó primeramente como Brigadier mandando tropas y después como Jefe de Sanidad de la región oriental, pudo apreciar con su gran don de observador psicológico las condiciones excepcionales que tenía Maceo. Estudió su caracterología plenamente, su integridad moral, su disciplina como militar y su acomotividad en el combate. Su personalidad le fue atrayendo constantemente.

Cuando el Dr. Figueredo cesó en la Secretaría de la Guerra, que con carácter interino desempeñaba en el gabinete del Presidente Cisneros, dimitió su cargo en propiedad de Subsecretario, ya que sus relaciones con el titular, General Vicente García, eran incompatibles. Entonces se reincorporó a su antiguo puesto de Jefe de Sanidad de Oriente, bajo las órdenes del General Calixto García.

En el período presidencial de Spotorno, se reincorporó a las fuerzas de Maceo y con él se fundió de tal manera que el uno era la continuación del otro.

«Profesionales de relieve —dice Leopoldo Horrego— como Félix Figueredo, siempre intimaron con Maceo.»³⁵⁷ Eso fue el gran mérito del heroico soldado que nació en la mayor humildad y que fue superándose día a día en la universidad de la vida y que sabía respetar y atender a quien pudiera encauzarle en su línea ascendente. Así llegó a ser, junto con Máximo Gómez y Calixto García, los tres supremos jefes de la Revolución Cubana comprendiendo las dos etapas de 1868 y 1895.

³⁵⁵ Franco, José Luciano: «Antonio Maceo» (Apuntes para una historia de su vida.) Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Municipio de La Habana, 1951, pp. 46 y 47.

³⁵⁶ Franco, José Luciano. Obra citada, p. 55.

³⁵⁷ Horrego, Leopoldo: «Maceo, estudio político y patriótico.» Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1947, p. 15.

Las enseñanzas que a diario adquiría Maceo en su bregar constante en los combates y muy especialmente en el trato con los hombres que comandaba, le hicieron adquirir una experiencia propia. Aunque era recio en su carácter, aún necesitaba alguna flexibilidad en sus sentimientos humanos para prevenirse y defenderse de las asechanzas que siempre podían amenazarlo.

Cuenta L. Zarragoitia: «Antonio Maceo parte al frente de la División de Cuba y de las fuerzas de Guantánamo internándose confiado en terreno abrupto con un nuevo oficial agregado a su Estado Mayor, un oficial culto y sagaz, su valiente y aunque modesto defensor en “La Manteca” y que pronto será su amigo muy querido: el doctor Félix Figueredo. ¡Había encontrado el Brigadier el hombre que necesitaba! Surgió en Figueredo el consejero intelectual y aquí dio Maceo su primer paso en firme por el camino para él inexplorado de la diplomacia y la política. La guerra prestaba nuevas armas a los hombres y preciso era conocer su manejo.»¹⁰

Vemos cómo Maceo, por los hábiles consejos del Dr. Figueredo, logró aislar la jefatura de sus tropas del mando del General Vicente García, quien no quiso enfrentarse a la integridad moral de este Jefe y presentó la renuncia, que le fue aceptada de inmediato por el Presidente Spotorno.

Durante el período presidencial de Tomás Estrada Palma, las intrigas y el divisionismo continuaban sembrando su cizaña en las fuerzas cubanas. La agitación se producía ahora para denigrar y calumniar a algunos de los jefes principales de la Revolución y Maceo también fue víctima de ello. A este indiscutible caudillo, que no se mezclaba en la politiquería ambiente, ni mantenía aspiraciones personales de mando, ni de jefaturas, se le atacó como racista. Ante tan injusta acusación, Maceo se siente herido en lo más profundo de su ser y reacciona en un escrito al Presidente de la República, solicitando una amplia investigación de esas acusaciones. Pero antes de enviar el escrito al Jefe del Poder Ejecutivo, quiere consultarlo con «(su amigo Don Félix, como le llamaba él) facultándole para que le hiciera cuantas observaciones creyera prudente».¹¹

La consulta era lógica, pues Maceo jamás había querido tratar el problema racista. Para él no existía color de la piel, solamente cubanos. Por eso acude a su consultor, a su fiel amigo y leal consejero.

Zarragoitia Ladesma, Leopoldo: «Maceo.» iLa Habana, 1945, p. 57.

¹¹ Griñán Peralta, Leonardo. Obra citada, p. 52.

La carta al Dr. Félix Figueredo, como el escrito en cuestión, dice así:

«Barigua, Mayo 18 de 1876.

Coronel F. F.

Mi querido amigo: con el portador de la presente le adjunto la manifestación hecha por mí al Gobierno de la República, para que usted me haga todas las observaciones que crea prudentes al caso, y al efecto me las hará por escrito con el mismo portador de mi esquila.

Hoy doy principio a los consejos que usted se sirvió darme, y creo darán muy buenos resultados.

La manifestación que le remito está sujeta a toda clase de observaciones. No calla nada. Respecto a mi marcha al extranjero, le diré que me es doloroso tocar esa cuestión que siempre he rechazado, pero ya he llegado á conocer los ánimos de muchos, y no quiero ser más tarde acusado: usted sabe que el que evita la ocasión evita el peligro.

Mande como guste a su amigo que le quiere de veras.

Antonio Maceo.»

Maceo, en su escrito al Presidente de la República en Armas, solicita una depuración de responsabilidades para demostrar cuáles son sus principios en ese aspecto tan fundamental para él, y afirma: que «Protesta enérgicamente con todas sus fuerzas para que no ahora, ni en ningún tiempo, se le considere partidario de ese sistema, ni menos se le tenga por autor de doctrina tan funesta, máxime cuando forma parte, y no despreciable, de esta República democrática, que ha sentado como base principal la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, y no se reconocen jerarquías.»

Y Maceo, como afirma Leopoldo Horrego, se declaraba libre de racismo, y agrega: «No fue su labor guerrera para la mutación de un mal por otro, y menos para el desplazamiento étnico, que era prolongar el fatal divisionismo, sino de fecunda y honda renovación de instituciones e ideas.»³⁵⁸

Esta declaración de Maceo contra sus calumniadores, escrita con un alto sentido de la realidad ambiente y de la que deben ser los principios de la Revolución, dejan demostrado, como dice Raúl Aparicio: «En este hecho se ve

³⁵⁸ Horrego, Leopoldo: «Maceo, estudio político y patriótico.» Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1947, p. 133.

ya la madurez alcanzada por el patriota. Ha asimilado la más pura doctrina revolucionaria, la única capaz de llevar a Cuba adelante. La de la unión de todos sus hijos, sin distingo de razas, sin diferencias por razones de nacimiento.»³⁵⁹

Los biógrafos de Maceo estiman que Félix Figueredo retuvo en su poder el escrito al Presidente Estrada Palma. No creyó el médico que fuese útil que Maceo tratara ese problema, mas cuando su actuación estaba bien clara y definida en ese aspecto. Jamás fue racista, jamás pospuso a un blanco por un negro. Él consideraba iguales a todos los cubanos y así los trataba.

Este escrito no llegó jamás a poder del Presidente de la República en Armas. El Dr. Félix Figueredo lo retuvo en su poder. Era tema que estaba vedado para los libertadores. En la Revolución Cubana no había ni blancos ni negros, había cubanos que luchaban por la independencia de la patria.

La intimidad de Maceo con «Don Félix Figueredo» —como él siempre le llamaba—, como se afirma en esta biografía, que cuando con fecha 26 de marzo de 1878 le escribe al Mayor General Julio Sanguily, que se hallaba en el extranjero, le expone todo el proceso de la «Protesta de Baraguá», le dice entre otras cosas: «el Dr. Félix Figueredo, que desde el principio de los acontecimientos no se ha separado de mi lado un solo día, ayudándome, según sus facultades se lo permiten».¹⁴

Debido a esa intimidad existente entre estos dos hombres, logró el Dr. Figueredo salvar la vida de Maceo mediante el procedimiento que le sugirió su intuición de una salida rumbo a Jamaica y alejar de la manigua cubana, donde las perspectivas futuras eran trágicas.

Nadie más que el Dr. Félix Figueredo podía hablarle a Maceo de esa solución. No había un hombre, por elevada categoría en el mando que tuviera, que osara indicarle a Maceo algo semejante. Sólo el Dr. Figueredo, con su palabra fácil y sus argumentos convincentes, logró el éxito en su misión.

Maceo aceptó la comisión de servicio, pero al ver que entre los que lo acompañarían no figuraba el Dr. Félix Figueredo, solicitó su inclusión en la comitiva. El Gobierno Provisional estimó que el médico de Jiguaní

³⁵⁹ Aparicio, Raúl: «Hombradía de Antonio Maceo.» UNEAC. La Habana, 1967, pp. 142-143.

no debía abandonar la manigua revolucionaria, alegando que solamente había un solo médico para atender los heridos y enfermos. Pero Maceo insiste y el Gobierno cede y decide que el Dr. Félix Figueredo lo acompañe en su viaje a Jamaica.

Pero hay más, el Dr. Félix Figueredo no se embarcó con Maceo en el barco de guerra «Fernando el Católico»; se quedó en Santiago de Cuba, por orden de Maceo, para esperar que llegaran de Guantánamo Doña Mariana Grajales y María Cabrales, y dos días después, a bordo de un vapor francés, embarcó con la madre y la esposa de Maceo rumbo a Jamaica.

Acompañó a Maceo a Nueva York y allí se separaron cuando éste retornó a Jamaica y Félix Figueredo a La Habana.

Entre Maceo y el Dr. Figueredo existió una amistad que nadie pudo jamás romper. Eran dos seres que llegaron a un grado de intimidad tal, que a pesar de estar alejados uno del otro por las circunstancias de la vida, siempre estuvieron unidos en la más estrecha amistad. Eran dos amigos, más que eso, eran dos hermanos, a través del tiempo cada vez